

La Pasión desde la historia de Judas

HOY SEÑOR VENGO ANTE TÍ

Cristóbal Fones, sj

Hoy Señor vengo ante Ti, bajo tu mirada a descansar.
Te entrego mi fe, mi esfuerzo, gratitud,

pues sólo Tú mueres por mí.

Hoy Señor, vengo ante Ti, hoy Señor, vengo a pedir
que no te olvides de mí, que me alientes una vez más.

Que me vuelvas a levantar, contigo quiero caminar.

Hoy, Señor, vengo ante Ti,
con esperanza en tu amor salvador.

En tu gloriosa resurrección. Amén, amén.

Empezamos poniéndonos en presencia del Señor, y le ofrecemos este rato de oración. Me imagino como Dios me mira y yo le miro. Al igual que a nosotros, voy a ir contemplando en esta oración como Jesús miraba a Judas e imaginar los sentimientos y pensamientos que pudieron surgirle en los últimos días de convivencia con Jesús. Le pido con total confianza al Señor que acoja este momento de oración.

Señor, te pido conocimiento interno de Jesús para que más le ame y le siga.

Treinta monedas de plata

“Entonces Satanás entró en Judas, llamado Iscariote, que era del número de los Doce: y se fue a tratar con los sumos sacerdotes y los jefes de la guardia del modo de entregarles a Jesús. Ellos se alegraron y quedaron con él en darle dinero. El aceptó y andaba buscando una oportunidad para entregarle sin que la gente lo advirtiera” (Lc. 22, 3-6).

“¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré?” Ellos le asignaron treinta monedas de plata” (Mt. 26, 14-15).

A las alturas de la Última Cena, Judas ya se había desencantado de Jesús: el reconocimiento social iba decreciendo, su “posición” entre los discípulos no destacaba, y sus promesas de Reino no llegaban nunca. ¿Y si estaba él perdiendo el tiempo con Jesús? ¿Y si todo era un sueño? ¿Iba a malgastar su vida por alguien (Jesús) que ya la estaba empezando a perder? Todas estas dudas se fueron apoderando de su corazón...hasta el punto que Juan sentencia rotundamente que “era de noche” en su alma.

Judas pudo pensar: “Quizá yo nunca haya sido realmente creyente, que hayan sido todo ideas y sueños que me inculcaron interesadamente. Ahora de hecho no veo a Dios por ningún lado, y es muy poco práctico ser de esos ingenuos que creen en los demás. Y para mi futuro, sólo puedo aspirar a acumular cosas, un montón de cosas que me hagan olvidar que en realidad éstas no tapan mi vacío.

*** Deberíamos preguntarnos de vez en cuando cuáles son nuestras treinta monedas que nos llevan a traicionar a Jesús.**



¿Soy yo, Maestro?

Jesús no desconoce las intenciones de su discípulo. Tanto así, que durante su última cena con los Doce, lo delata ante todos:

Y mientras comían recostados, Jesús dijo: “Yo os aseguro que uno de vosotros me entregará, el que come conmigo” Ellos comenzaron a entristecerse y a decirse uno tras otro: “¿Acaso soy yo?” El les dijo: “Uno de los Doce que moja conmigo en el mismo plato” (Mc. 14, 18-20).

No es difícil imaginarse la cena. Una mesa de tablones de madera vieja, ancha, cálida y húmeda. Jesús la siente, la toca y él sabe de ella. Él es un carpintero. La gente anda en las calles, es fiesta. En las calles hay movimiento inusual y ahora más, con la novedad de que ha aparecido un Mesías que viene a traer un mensaje de liberación.

Judas y los demás, sentados. Riéndose, contándose con quién se encontraron antes de llegar a esa casa que el Señor ya había elegido como el lugar donde empezaría su pasión. Hay un ambiente de aparente alegría. Jesús lee los corazones de todos. Lee la esperanza de sus amigos, con quienes ha compartido caminos, noches, y tertulias. Están contentos: tienen a un guía. Para los apóstoles ha terminado la búsqueda, se les ha revelado el misterio.

HE DESEADO ARDIENTEMENTE

Elia Fleta

He deseado ardientemente cenar esta Pascua con vosotros, hacerme pan, hacerme vino, ser compañero de camino, y, ante todo, vuestro amigo.

He deseado ardientemente quedarme cada noche, cada día, ser uno más en vuestro grupo, comprometido con el mundo, dando mi vida en cada uno.

Tomad y comed esto es mi cuerpo, tomad y bebed esta es mi sangre que se entrega por vosotros, que se entrega por vosotros.

He deseado ardientemente seguir trabajando por el Reino, ser defensor de mis hermanos, de cada hombre marginado, de los que siembran con trabajo.

He deseado ardientemente vivir y morir a vuestro lado, ser fuerza y voz de los profetas, el alimento deseado de los más necesitados.

Jesús sabe lo que van a sufrir cuando sientan que la hora llega. Jesús sabe la hora oscura que también le llegará al traidor. Viene el anuncio. Uno de vosotros va a traicionarme.

Entonces preguntó Judas: “¿Soy yo acaso, Rabbí?” Le dice Jesús: “Sí, tú lo has dicho” (Mt. 26, 25).

¿Acaso yo, Maestro?... Todos sabemos qué sucede después de que Jesús remoje el pan.

*** A Judas lo desechamos con desprecio merecido.**

Por eso nunca nos preguntamos: ¿Acaso soy yo, Maestro?

¿Acaso soy yo quien no te comprende? ¿Acaso soy yo quien no ve las treinta razones por las que te traiciono, no veo los treinta insultos con los que ofendo y te traiciono?

Un beso

“Todavía estaba hablando [*Jesús a su discípulos en el Monte de los Olivos*] cuando se presentó un grupo; el llamado Judas iba el primero, y se acercó a Jesús para darle un beso. Jesús le dijo: “¡Judas, con un beso entregas al Hijo del Hombre!” (Lc. 22, 47-48).

Hay que seguir los pasos de Judas hasta el día siguiente para entender la tragedia de su traición: “Llegada la mañana, todos los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo celebraron consejo contra Jesús para darle muerte. Y después de haberle atado, le llevaron y le entregaron al procurador Pilato. Entonces, Judas, el que le entregó, viendo que había sido condenado, fue acosado por el remordimiento y devolvió las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes y los ancianos, ‘diciendo: ‘Pequé entregando sangre inocente’. Ellos dijeron: ‘A nosotros, ¿qué? Allá tu’. Entonces, él tiró las monedas en el Santuario, se retiró, fue y se ahorcó.” (Mt. 27, 1-5).

Se ‘arrepiente’, ‘restituye’, ‘se confiesa’, cumple todos los ‘requisitos’ que aprendimos para una ‘buena confesión’, pero... ¡se ahorca! ¿Qué ha pasado?

Posiblemente esperaba un “Mesías” al uso. Libertador, guerrero, fuerte... con la fuerza de las armas. Pero cuando quisieron hacerle rey no se dejó. Cuando las masas le seguían no las convirtió en muchedumbres enfervorizadas... Judas es, posiblemente, otra víctima de esta historia. Víctima de sus propias expectativas. Víctima de su ceguera. De su incapacidad para descubrir el nuevo rostro de Dios anunciado en Jesús. De una vaga confianza en las instituciones judías, y de una extraña fe en la violencia como camino.

*** ¿Qué nos dice Judas hoy? ¿Cómo soluciono los conflictos? ¿Cómo afronto los engaños? ¿Cómo asumir la realidad que no me convence sin querer destruirla?**

Danos Señor la fuerza de reconocer las monedas con las que te vendemos. Danos el deseo de seguirte aun cuando todo lo que nos rodea no nos habla de Ti e incluso nos lleva a alejarnos. Enséñanos tu modo de actuar para que sea nuestro modo. Amén.

